

tan lejos y por tanto tiempo...con la lluvia, los pies se hundían en el lodo...los míos están como globos...no hay teléfonos ni ambulancias...mi tío el médico que atendió a mis hermanas no está aquí..., pero, todo va a salir bien... ya había amanecido cuando sentí el primer punzazo... veré si los animales están... ¡Oh! ¡Ay! ...seguros y luego se lo diré..."

El trueno y el alarido se perdieron monte arriba por el sendero que subía al rancho. Su oído acostumbrado a los diluvios, los cañonazos, a los ruidos todos de la naturaleza, distinguió aquella nota punzante que lanza la vida a través de lo imposible. Se levantó con desusada rapidez, se echó al vuelo la manta sobre los hombros y descolgó el viejo capote. El próximo relámpago se las reveló a ambas, lluvia y sangre, sobre el llano.

Apretó la mandíbula y el paso, corrió ladera abajo como pudo; les lavó con las lágrimas que derramaba el cielo y los goterones que llovían de sus ojos; envolvió a la pequeña en la manta y arrojó a Magda con el capote.

"...No, no es diferente, no es distinta...es igual a mí..."

En sus brazos renació la ternura y en uno envolvió la preciada carga de la recién nacida y con el otro ayudó a la madre murmurando hacia la tormenta que se alejaba:

"¡Hija, levántate que ya el agua está hirviendo!"

DANAE BRUGIATI BOUSSOUNIS. David, Chiriquí, 29 de septiembre de 1944. En Grecia obtuvo Maestría en Lengua y Literatura Griega Moderna por la Universidad de Tesalónica y Maestría en Lengua y Literatura Española por la Universidad de Barcelona, España. Técnica en traducción e interpretación por el Instituto de Ciencias y Tecnología "George Brown" de Toronto, Canadá. Terminó la Licenciatura en Inglés por la Universidad de Panamá. Intérprete pública autorizada de inglés, francés, italiano y griego al español y viceversa. En Panamá, fue la productora de la puesta en escena del oratorio "Axion Esti" del poeta griego Odyseas Elitis y música de Mikis Theodorakis.

El caudillo y la catedral

POR LUCÍA KUSIAL SINGH

*...Justo el día en que iba a intervenir
con mi arte en el devenir de la
historia, de repente perdí el pie y
caí en el fango más miserable.*

ORHAN PAMUK

Qué tristeza temer la libertad. Qué agonía pensar en que no piensas. Qué desdicha entender el poder como coacción. Qué pesar que te hagan dudar de creer en lo que crees. ¿Por qué creerse dioses si sólo hay un Dios?

Esa mañana Cándido Sufrido salió temprano, tenía días de estar luchando con el deseo de hacerle alguna que otra pregunta al Padre que habita los cielos. Subió las escalinatas que conducían al pórtico de arco imponente de capiteles barroco. Cada peldaño que avanzaba lo acercaba más a tres grandes portones de maderas anchas, macizas, desvencijadas, castigadas por el tiempo. Sin embargo, exhibiendo majestuosidad y alarde de la historia escondida. El Padre, El Hijo, El Espíritu Santo. Vio en lo alto el campanario, tanto brillaba que el viento enamorado lo mecía suavemente, bamboleándolo a su antojo. Sufrido se detiene a la entrada. Decide entrar al recinto santo por la imponente puerta del perdón, 1875 reza la placa que incrustada en el piso ocre y negro lo recibe transportándolo a siglos pasados imaginando algún monje ataviado con su hábito marrón, atado a la cintura un sencillo cordel dorado guindado de la torre haciéndola vibrar. Arrastra la mirada enfocándola en el altar de la catedral. Santa María De la Antigua cargando al niño celestial en brazos posa la mirada en la suya.

De las pilastras blancas que a lo largo de los pasillos sostienen los arcos ornamentados se asoman insistentes las piedras coloniales, como quien rasga un vestido de un cuerpo bruscamente. En lo alto del altar, en el arco mayor sus ojos curiosos deletrean las letras: EL PORTA INFERI NON PRAEVAL EBUNT. Hince sus rodillas en el mullido reclinatorio de una de las bancas religiosas, inmerso en la quietud que invade el espacio piadoso del santuario antiguo. Cierra los ojos. Junta las palmas entrelazando los dedos inquietos besando los pulgares. El halo espiritual y ferviente del recinto sagrado lo arropa de fe. Ora, reza musitando oraciones que de niño se ha grabado en la mente, cuando cada domingo religiosamente acudía al catecismo. Resuelto, Cándido inicia el rosario de interrogantes al Todopoderoso.

—¿Por qué a nosotros? ¿Qué nos depara el destino? ¿Qué culpa se nos endilga? ¿Veremos el mañana?

Santa Bárbara, San Agustín, San Vicente de Paul, San Pedro, San Martín de Porres, San Lázaro y sus llaves, Francisco Ríos y Alvingol lo miran con empatía. Otros ahí ocupando las bancas de peticiones milagrosas, viejecitas con su misal implorándole a los santos, mendigos afanados en saciar su hambre, doñas encopetadas luciendo finos paños de encajes, que al igual que Cándido Sufrido rezan devotamente, suplicando, temerosos y aprensivos aplacando la incertidumbre que galopa sin control. Turistas armados de cámaras sofisticadas captan la novedad religiosa.

Aromas a Mirto y Jazmín irrumpen como visitantes nuevos, asaltando el espacio místico.

El hijo del pueblo, Cándido Sufrido, ve un séquito mixto que va dejando un atado de flores amarillas envueltas en un lazo lila, en los bordes, en los bordes de las bancas de oraciones, vistiendo la iglesia antigua, dotando el ambiente de solemnidad y elegancia impregnada de serena tensión que va arraigándose por todo el templo como ventolina friolenta. En los veladores los velones tiemblan, resplandeciendo, iluminando la decoración solemne presagiando algún



suceso extraño. De pronto el silencio se acrecienta, la quietud se intensifica, como la calma que antecede los cataclismos. La iglesia se va llenando. Los puestos se van ocupando. Romería inmensa altera la calma de la iglesia ataviada.

Llegan escoltando un féretro abierto que deja ver un cuerpo de rostro circunspecto, bañado en años, de ropaje elegante e impecable. En un ojal una rosa. Una rosa color sangre adorna la camisa blanca que viste al muerto. El cadáver de abolengo parece dormir, apacible y sereno, contento con el recibimiento. Su caja suntuosa va envuelta en la tela emblemática que a la carrera y en la clandestinidad cosieron las manos de la consorte presidencial en medio de luchas patrióticas. El tumulto de gente inquieta que lo acompaña, abarrota la iglesia santa. Se apretujan en las puertas, se apretujan en las escaleras, se apretujan en los balcones vecinos de la Catedral de los siete pecados capitales. Las calles se tiñen de amarillo y lila. Colocan el ataúd político justo frente a la Cripta de los Arzobispos. El sacerdote ataviado de gala se dispone a iniciar la ceremonia presidencial. Los obispos en los óleos en las paredes envueltos hasta el cuello en una vestimenta rebuscada gamuza y púrpura, miran fijamente.

De manera brusca, como en un sueño, irreal, alucinante, incrédulo y fantasioso Sufrido y los demás ven irrumpir un contingente de soldados armados con fusiles. La soldadesca arrogante, fustigando a los presentes, atropellando igual que un mar embravecido, golpeando, vociferando, avasallando a los

feligreses de luto, a la turba política que huye, a la turba política que se santigua, a la turba que corre despavorida y aterrorizada en medio de empellones, tropezones, tumbos, terrores, lloraderas y súplicas de último momento. Esos mismos militares de trajes verdes, botas oscuras, pisando fuerte sobre las lápidas de las tumbas de familias adineradas, derribando lo que se les atraviesa, ancianos, mujeres, hombres, mendigos, políticos, mirones, santos, bancas, sacerdotes se apiñan entre ellos, sincronizados, apuntando al frente: al altar. El sacerdote engalanado clama cordura sin recibir eco, como un grito en el desierto. Detrás de las mamparas el valor se escondía, la duda del suceso, la incredulidad de la injusticia y de algún modo la esperanza perdida. Los velones cercanos a los pianos empolvados por el olvido, que antes lucían serenos, tranquilos, danzando suavemente, alzan la llama. Estallan revoloteando el fuego como poseídos, como arrasados por un ciclón vertiendo la cera derretida que corre a borbotones por el piso de cuadros rectangulares de la Catedral convulsionada. Cristo crucificado los mira con los brazos extendidos, La Dolorosa que sostiene a su sangrante hijo crucificado lo aprieta hacia sí.

Afuera, frente a la iglesia asaltada, un niño de San Felipe enbalconado, con otros chiquillos, observando el espectáculo dantesco le pregunta a su mentora:

—Mamá, ¿se puede disparar dentro de una iglesia?

—Es el poder hijo, esa cosa codiciada que todo lo puede. A veces ennoblece y otras envilece. La vida es eso, mi amor: odios y amores, celos y luchas, triunfos y derrotas, guerras y paz, enemigos y amigos —pero lo más importante es la libertad y más que eso cuestionar. Se llama criterio propio, mi amor. Criterio propio.

Cándido Sufrido arrodillado reza padrenuestros, avemarías y credos para que los libre de diatribas y nubarrones políticos que oprimen en esos días a su Patria. En medio de aquel fuego cruzado, no le queda más remedio que guarecerse bajo las bancas católicas despistando la balacera injusta.

Estatuas de ángeles y santos cobran vida, arrodillándose empuñando rosarios, iniciando con fervor, a una sola voz el rezo de los misterios dolorosos. Sus voces retumban como estrépitos en las sienas de los desenfrenados soldados, haciéndolos soltar los fusiles, como si brasas de fuego castigaran sus manos y en fila india, igual que corderitos, los ven arrepentidos dirigirse a los confesionarios a convertir sus almas. Purificados en masa se descalzan sus pesadas botas de combate profanadoras, amontonándolas en una esquina colmada de velones santos. La Santa Patrona de La Catedral a todas luces complacida rocía los botines irreverentes y sacrílegos con agua bendita exonerando a sus dueños del pecado cometido. En ese momento de lágrimas, remordimientos y arrepentimientos cobra vida el cadáver sereno que parecía dormir del político derrocado, que se levanta apoderándose de la tribuna sacerdotal erguido como en sus mejores tiempos, entonando su acostumbrado discurso enfático y rimbombante.

Un séquito de caballos de paso, blancos, trotando, marchando igual que cadetes navales, con unos caballeros encanados sobrios y elegantes en andas, acompañados por un corcel solitario ensillado, se adueñan de los pasillos de arcos pomposos, de candiles rebuscados, de piedras de luchas, de túneles secretos, de recovecos con historia, de tumbas aristocráticas, de la Catedral de Sufrido, aproximándose al caudillo que abandona la tarima sacerdotal cabalgando. El líder sube al alazán solitario que lo invita a montarlo arrodillándose de forma magnífica. El jinete agradecido, recibe una rosa tal cual caballero victorioso, al tiempo que se despide de su público que lo ovaciona con fanatismo.

La Catedral, ahora, luce serena.

LUCÍA KUSIAL SINGH. Titulada por la Universidad Especializada de las Américas (Panamá) en Inadaptados Sociales e Infractores, en 2001. Trabajo actual: Administradora de propiedades. Libros publicados: **Colores y valores** (2006) y **Atrapada en la Visita** (2007). Ha tomado un taller de cuentos con el escritor Enrique Jaramillo Levi. Prepara un libro de relatos.